

MANUEL RIVERA CAMBAS

Nació en Jalapa, Ver., el 27 de abril de 1840, murió en México, D. F., el 17 de febrero de 1917.

Publicó *Los Gobernantes de México; Historia Antigua y Moderna de Jalapa y de las Revoluciones del Estado de Veracruz*, 5 v., (1869-1871); *Historia de la Intervención y del Imperio de Maximiliano; México Pintoresco, Artístico y Monumental*, 3 v. (1880); *La Historia de la Reforma Religiosa, Política y Social de México*, (1875); *Historia de la Intervención Europea y Norteamericana en México*, 3 v. (1889-1895).

Ingeniero de minas en cuya profesión destacóse al mismo tiempo que en el cultivo de la historia que le llevó a la elaboración de macizas y bien documentadas obras. En *Los Gobernantes de México*, compendia cuanto Orozco y Berra, Cavo y las *Actas del Cabildo* contienen. Su *Historia antigua y moderna de Jalapa y de las revoluciones de Veracruz* proporciona buena información. Una reedición de esta obra hizo Leonardo Pasquel en su Colección Citlaltepetl con un prólogo del mismo Pasquel, quien también prologa la reedición de la *Historia de la Intervención* en seis volúmenes hecha en 1961 por la Academia Literaria.

Acerca de él consúltense: Rubén García: "Libros que desvían la ruta de Rivera Cambas. Escritores mexicanos del Siglo XIX", *BBSHCP* No. 159, 15 julio 1959, p. 4 y anteriores. Luis A. Escandón, *Poetas y escritores mexicanos*, 1a. ed. México, Imp., Lit. y Encuad. de Ireneo Paz, 1889, 127 p.; y Artemio de Valle-Arizpe, *La muy noble y leal ciudad de México, según relatos de antaño y ogaño*, México, Editorial Cultura, 1924, 336-[2] p.

Fuente: Manuel Rivera Cambas. *Historia de la Intervención y del Imperio de Maximiliano*. Prólogo de Leonardo Pasquel. 6 v. México, Editorial Academia Literaria, 1961. II-639-646.

EL IMPERIO DE MAXIMILIANO Y SUS PROBLEMAS

Multitud de personas ilustradas creían que la empresa que acometía Maximiliano era posible, contra la convicción de otras muchas que consideraban irrealizable el pensamiento de cimentar aquí una monarquía; esperaban los que esto pensaban, que ya por el inevitable concurso de circunstancias, ya por torpezas en los encargados de consolidar el nuevo sistema político, terminaría pronto: de seguro que el naciente imperio tropezaría con dificultades, provenientes no solamente del estado que

guardaba en México, en el interior, sino de las complicaciones que del exterior podrían sobrevenir, ya en Europa, ya principalmente con los Estados Unidos. No obstante que la mayor parte de la Europa parecía indiferente al establecimiento de un imperio mexicano, tal vez habría tenido esta monarquía alguna estabilidad, si el ejército francés no hubiera perdido dos años en llegar a la capital mexicana.

Los Estados Unidos resolvieron, en la situación que guardaban, no declarar directamente la guerra a Maximiliano, sino ejercer una acción encubierta alentando al partido hostil al Imperio, ya considerando siempre a Juárez como Presidente, ya permitiendo en sus fronteras del sur y en sus buques, la introducción a México de contrabando de guerra, de dinero y aun de hombres y siempre rehusando reconocer a Maximiliano. Este sistema les permitía prolongar indefinidamente la guerra civil en el territorio mexicano y forzar al ejército francés a una ocupación desastrosa, obligando a la Francia a sacrificarse y al fin llegar a una hostilidad franca y necesaria contra los Estados Unidos.

Desde que nació el imperio, trajo aparejada la condición de que su estabilidad dependía de la buena voluntad de la vecina nación, y como ésta le manifestara que en ningún caso debía contar con ella, de aquí que la obra emprendida por Maximiliano estuviera destinada a un fracaso más o menos retardado pero seguro.

En cuanto a las dificultades interiores, baste saber que el partido conservador que había traído la Intervención, se encontraba decaído, pues entregada la dirección de la política a Bazaine, éste apoyaba las ideas del partido liberal, tiempo hacía aceptadas en Francia; los conservadores que creían haber triunfado, en realidad estaban derrotados y aunque los sostenía la influencia francesa, el orden de cosas establecido se apoyaba aparentemente en ellos, y en realidad se les obligaba a aceptar las doctrinas del liberal, lo que dio motivo a la creación de un nuevo partido conservador-liberal que, proponiéndose combatir a Juárez se resistía a las disposiciones del señor Labastida; de aquí una nueva división en su país en que ya había tantas y que debilitó el partido de Maximiliano.

Nuevas disposiciones habían diariamente acentuado la mala inteligencia entre los franceses y el partido clerical, siendo notable la relativa a los panteones, por la cual en ningún caso se negaría en ellos sepultura a persona alguna, disposición que destruía en raíz el sistema establecido de no sepultar en

los lugares sagrados a los que morían fuera del seno de la Iglesia católica. Entre los fieles a ésta fue muy mal recibida tal disposición, al grado de ser destituidos algunos consejeros de gobierno enteramente adictos al partido conservador y al programa del señor Labastida.

Maximiliano, extraño a las querellas, parecía no tener compromiso con ningún partido, y que podría sobreponerse a todos con el apoyo del ejército francés cuyo concurso estaba asegurado por el tratado de Miramar durante tres años; pero le era forzoso marchar con el progreso o con el pasado, pues en las condiciones políticas de México se hacía imposible eludir esa disyuntiva, y creyendo contar con los conservadores quiso atraerse a los liberales, con lo cual vino a quedar al fin sin apoyo; sus partidarios por convicción le dejaron abandonado, y reportó las consecuencias de la política de Forey y Bazaine que le colocó enfrente del partido clerical complicando la cuestión religiosa.

La militar era difícil, y la financiera, tan importante siempre, presentaba inmensas dificultades; el tesoro mexicano en bancarrota había dado motivo fundamental al primer pensamiento de intervención, y en seguida con la guerra había empeorado la mala situación del tesoro; pero se tenía la esperanza de que con la creación del Imperio renaciera el crédito de México en el exterior, según pareció por el empréstito que Maximiliano había arreglado antes de su salida de Europa, sin embargo de que este novel gobernante, poeta y soñador, no podía ser en consecuencia, ni financiero ni político.

Manifestaba buenas intenciones y aunque a veces había mostrado voluntad para realizarlas, otras muchas se dejó llevar por la casualidad, guiado por los fulgores de su imaginación. Faltábale práctica, si quería plantear las teorías liberales que los usos y las costumbres de Austria le habían vedado ejecutar. Era su liberalismo de una naturaleza especial; es cierto que en los puestos que ocupara había mostrado su inclinación para las reformas, pero no habiendo puesto a prueba sus proyectos, no se sabía si tendría o no éxito. Se le creyó a propósito para poner fin a una situación falsa y desgraciada, y él hasta sus últimos momentos lo creyó o pareció creerlo, no obstante que en su carácter predominaba la indecisión; dispuesto a recibir influencias ajenas, atendía el parecer del último que le hablaba; gustaba de conservar ilusiones y se figuraba político sin poseer ni la habilidad ni la penetración para ello; fue engañado por intrigantes hábiles y cometía las faltas que le aconsejaban.

Condiciones muy diversas adornaban a la princesa Carlota, firme en sus propósitos y tan enérgica, que impulsó a Maximiliano hacia el trono que tanto deseaba y tanto temía; Carlota no dominaba completamente el ánimo de su consorte, porque éste no era susceptible de sujetarse a una sola influencia.

Por sí solo era incapaz Maximiliano para dirigir el gobierno en las difíciles circunstancias en que lo tomaba; carecía del don de conocer a los hombres y atraer a su derredor a los que fuesen capaces de suplirlo, siendo considerados tanto M. Scherzenlechner, su consejero íntimo y M. Eloin, jefe de su secretaría privada, como enemigos de la Francia, que era el real, único y futuro apoyo del Imperio.

En cambio, impulsado por sus consejeros, apartó de la escena política a Almonte, cuyos servicios a la causa del Imperio no apreció o los olvidó; obsérvese que no pronuncia el nombre de Almonte en el Manifiesto de 28 de mayo y que le retiró toda influencia, nombrándole Gran Mariscal de la Corte, título hasta cierto punto ridículo; y ello fue una grande falta, porque Almonte había trabajado por obtener para su partido el concurso de la Francia.

La ocupación francesa tuvo su más brillante período, desde julio de 1863 hasta junio de 1864, esto es, mientras que la Regencia presidía y el general Bazaine administraba. Llegó a tal grado el avance de los franceses y la debilidad del partido republicano, al presentarse en México Maximiliano, que el señor Manuel Zamacona dirigió una carta al Presidente Juárez, en la peregrinación al norte, pidiéndole que le salvara porque sentía que las olas ascendían más y más, que ya faltaba el terreno que pisaban y no se podía esperar la salvación de un prodigio sobrenatural, sino de la unión de las fuerzas humanas. "En efecto, decía, las olas de la invasión avanzan sin encontrar dique ni resistencia; este lejano rincón, al que aún no han llegado, se hunde bajo nuestros pies y se cambia en terreno peligroso y enemigo." "No pude menos que impresionarnos el ver que llegan a ser una realidad los planes y las esperanzas de la Intervención, que hace un año provocaban nuestras risas y los calificábamos de quimeras." "En el curso de este año hemos descendido del glorioso pedestal sobre el que nos habían elevado Zaragoza y los valientes defensores de Puebla." "En el interior hemos perdido casi todos los grandes centros de población, y lo peor es que el enemigo ha hecho la conquista material de todas estas localidades, sin que esto haya impedido la conquista moral a la cual aspira." "Ante los

increíbles progresos que han realizado en el curso de este año, es de temerse que los invasores y sus aliados lleguen, sin encontrar obstáculos puestos por nosotros, a vencer todas las dificultades y a realizar los más insensatos proyectos." Esta carta, de la que aún me ocuparé, fue un homenaje al período en que dominaron Bazaine y la Regencia.

La suerte, que no olvida poner todos los medios para llegar a determinados fines, hizo que en aquellos momentos en que Maximiliano tomaba el poder, acontecieran algunos hechos de armas y políticos favorables a los franceses, y se fortalecieran las esperanzas de intervencionistas e imperialistas con la actitud que asumía Vidaurri. El comandante de Courcy derrotaba a fuerzas republicanas; los coroneles de Preuil, de Potier y Aymard también alcanzaban triunfos batiendo este último a seis mil hombres de Doblado que escapó con dificultad y ya no pensó más que en retirarse a los Estados Unidos, donde murió. De aquí la lisonjera esperanza de que el gobierno de Maximiliano tendría tiempo suficiente de instalarse y afirmarse, antes que sus contrarios en el país pudieran volver a organizarse y antes que su temible vecino recobrarla la libertad de acción para protegerlos.

La venida de Maximiliano parecía una solución siquiera momentánea a la multitud de dificultades en que se hallaba enredada la Intervención; los votos recogidos, aunque ilusorios, venían a servir de base a la nueva situación que se quería presentar apoyada en la voluntad popular, y cierta calma forzada que se notaba, hacía crecer los espejismos de aquella tan rara situación; pero en realidad ninguna cuestión estaba resuelta: ni la religiosa, ni la financiera, ni la del reconocimiento por parte de los Estados Unidos; tampoco la de organizar el ejército y mucho menos la que se refería a la dualidad del mando y del poder que iban a dividirse Maximiliano y Bazaine.

En tanto que éste combatía, el Archiduque había estudiado la *Historia de México* escrita por don Lucas Alamán, y aprendido el español para entenderse con sus súbditos, procurando formarse a su derredor un círculo compacto de algún valer en Europa, y había procurado ganarse los afectos por el trato agradable; aprovechó las ocasiones de instruirse acerca de las costumbres, recursos y aspiraciones de México, conferenciando no solamente con el general Almonte y el señor Gutiérrez de Estrada, sino que había hablado también con Monseñor Labastida, con el Arzobispo de Michoacán, con el Obispo de Oaxaca, con el general Adrián Woll, con don José M. Hidalgo y otros;

conferenció con todos ellos y su desgracia quiso que ninguno le dijera sino aquello que de la verdad podía decirse, sin que fuera la verdad entera; en vez de decir cual era la opinión en México, le manifestaron la opinión propia de cada quien sobre el país, y las conferencias con prominentes personajes de la reacción, tan sólo alimentaron en el espíritu del Archiduque y su esposa las ilusiones sobre el Imperio mexicano, de las cuales nada ni nadie habría podido ya separarlos, siendo una prueba de ello el haber rehusado la corona de Grecia, que les ofreció Inglaterra por medio del rey Leopoldo I en febrero de 1863, invocando Maximiliano para su negativa, los compromisos existentes, aunque en esa época aún no había decidido definitivamente aceptar las proposiciones de Napoleón III; pero se ve que al menos estuvo dispuesto desde entonces a no renunciar a sus esperanzas con respecto a México.

A poco de haber llegado a este país Maximiliano, se había captado entre los que le trataban, la estimación por su carácter afable y ceremonioso y por cierta majestad de su persona que inspiraba simpatía; llegaron muchos adictos a considerarlo un ser misterioso y aun sobrenatural, y sentían deseos de contemplarlo cubierto con manto de seda y bordados, corona y cetro de oro, rodeado de gentileshombres, con batidores y escolta; se admiraban de verle con su traje común y a veces vulgar, usar coches con arneses, guarniciones y caballos, lo mismo que un particular; entonces para muchos palideció su autoridad, pues encontraban al hombre común del pueblo y no al rey, otros más se desilusionaron al notar que estaba bajo la dependencia de un general francés, y hasta se hicieron sus enemigos al ver que dejaba a un lado al partido clerical.

Luego que Maximiliano llegó a la capital de su Imperio, nombró un ministro plenipotenciario cerca de Víctor Manuel; tal nombramiento no era en manera alguna necesario por las poquísimas relaciones comerciales entre los dos países, y fue otro motivo de disgusto para los conservadores y clericales ese paso que calificaron de testimonio de consideración al Soberano que había combatido al Santo Padre en sus Estados y una falta de respeto para el Pontífice y aun para el Emperador de Austria. Poco después envió a Víctor Manuel el gran collar de la Orden del Aguila Mexicana. En cambio, colocó al Arzobispo de México en rango inferior a los comendadores de la misma orden, según se vio en un decreto sobre ceremonias, y el mismo prelado fue despojado del grado de canciller de la Orden de Guadalupe, creado por el Emperador Iturbide.

Por otra parte, la Emperatriz creó una Junta protectora de los indios, y en el decreto relativo se formulaban principios que causaron alarma general entre los propietarios. Tratábase de demostrar que en México se fundaba un Imperio demócrata. Maximiliano no dejó pasar ninguna oportunidad para manifestar su decidida antipatía por todo lo que era español, y llevó este sentimiento hasta permitir que su Ministro de Cultos, don Manuel Siliceo, publicara un informe sobre instrucción pública oprobioso para España.

Otro error de Maximiliano consistió en no halagar debidamente el amor propio nacional, sin tener en cuenta la delicadeza del carácter mexicano, recomendación que Napoleón III había hecho a Forey, y que éste fue el primero en desatender. Nombró Maximiliano jefe de su gabinete particular a Mr. Eloin, que era belga, sin liga alguna con México, cuyo idioma, legislación y costumbres ignoraba. Este confeccionaba todos los decretos, aun contradiciendo a veces los preparados en el Consejo de Ministros, y fue tal la omnipotencia de Mr. Eloin, que por sus manos pasaban las comunicaciones dirigidas al ministerio de Negocios Extranjeros y las que enviaban los cónsules al de Hacienda.

Maximiliano permitió el nombramiento de inspectores extranjeros, de los cuales la mayor parte estaban empleados en la administración francesa. Tales inspectores tenían la misión de sobrevigilar a los empleados mexicanos, como si entre éstos no hubiese personas muy honorables y empleados fieles que vivían en la pobreza y a veces en la miseria tras largos años de servicios. Según la prensa francesa, no había en todo México un solo empleado que tuviese honor, y por lo mismo era necesario el establecimiento de agentes fiscales extranjeros; pero Maximiliano que veía de cerca la falsedad de esa acusación y que debía empeñarse en aparecer favorable a los mexicanos, pudo haberse opuesto u objetado aquellos nombramientos.

Al aceptar Maximiliano la corona, manifestó que su monarquía sería templada; pero él fue legislador y ejecutivo, a veces se arrogó facultades del orden judicial y no pensó en convocar un Congreso sino en los últimos días de su gobierno; es verdad que publicó un Estatuto que no fue aplicado; tuvo un Consejo que no fue de elección popular y cuyos dictámenes pocas veces seguía, y aunque en la ley orgánica consignó las garantías individuales y el modo de hacerlas efectivas, todo quedó sujeto a su voluntad, sin que se cumplieran los pronósticos ni el programa.